

El “error Aznar”, o las consecuencias de secundar el unilateralismo de Estados Unidos

Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla

«...por bueno que sea el entendimiento con el gobierno estadounidense, mientras la actitud del gobierno español sea rechazada por la mayoría de los españoles, España se encontrará en una posición de debilidad ante Estados Unidos y el gobierno de Washington no podrá confiar en el de Madrid»¹.

Con el discurrir del tiempo la frase que encabeza este texto ha tenido un evidente carácter premonitorio. El juicio fue formulado por un diplomático y analista español de la política internacional en septiembre de 2003, medio año antes del atentado del 11 de marzo en Madrid y de las elecciones realizadas tres días más tarde. El vuelco del mapa político que produjeron esas elecciones, espoleado por la masacre previa y por la cuestionable política informativa del gobierno del PP, dio la victoria al PSOE.

Ese cambio político determinó que el nuevo gobierno español, presidido por José Luis Rodríguez Zapatero, acordase tan sólo un mes después retirar las tropas españolas destacadas en Irak. La opinión pública española siempre se mostró mayoritariamente en desacuerdo con la decisión de respaldar la intervención militar estadounidense en aquel país, tomada por el anterior gobierno encabezado por José María Aznar. La retirada de las tropas respondía, por tanto, al sentir mayoritario de la sociedad española, que el PSOE había incorporado como promesa electoral en su programa de gobierno. Tal conducta fue plenamente coherente con las demandas sociales y con los compromisos políticos contraídos. Un comportamiento irreprochable en un país democrático, aunque en ocasiones los gobernantes, y quienes les apoyan, tiendan a olvidar la responsabilidad que contraen de justificar adecuadamente sus decisiones y obtener la sanción social de sus actos. El momento y la forma en que se tomó la decisión pueden ser discutibles desde la óptica de la política exterior española y los compromisos internacionales asumidos. Pero desde luego tal conducta estaba mucho más en sintonía con las aspiraciones de la sociedad española que la decisión previa del gobierno del PP. En una democracia esa diferencia es muy importante.

El último gobierno del PP demostró escasa receptividad a las manifestaciones multitudinarias del pueblo español en contra de la invasión de Irak. Es más, pese a ellas el jefe del ejecutivo español se convirtió en un firme aliado y defensor de la iniciativa militar de Estados Unidos ¿Qué razones llevaron al gobierno español a apoyar con vehemencia la ocupación de un país soberano, que desde

¹ ZALDÍVAR, Carlos Alonso, *Miradas torcidas. Percepciones mutuas entre España y Estados Unidos*, documento de trabajo 4-IX-2003 del Real Instituto Elcano.

luego estaba regido por un tirano cruel y despreciable, pero que no suponía ningún peligro para la paz y la estabilidad mundial? ¿Por qué se sumó a la acción unilateral emprendida por Estados Unidos, no rubricada como en ocasiones anteriores por una resolución de la ONU? ¿Qué había detrás de esa indiferencia hacia la opinión pública española y la legalidad internacional?

El escudero español del guerrero americano

La lucha contra el terrorismo fue sin duda uno de los argumentos centrales del gobierno del PP. Por un lado, se trató del principal móvil esgrimido de forma explícita y recurrente por los responsables políticos españoles para justificar su identificación sin fisuras con la política de Estados Unidos. Por otro lado, sobre ese pilar se cimentó, al menos inicialmente, la proximidad y el entendimiento entre los dirigentes españoles y norteamericanos. El gobierno presidido por Aznar venía insistiendo desde tiempo atrás en la lucha antiterrorista y en la necesidad de colaboración internacional, pero hizo falta un acontecimiento de proporciones espectaculares para que la cuestión adquiriera una particular relevancia. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington transformaron los términos del debate sobre la seguridad y la política exterior de Estados Unidos. La sociedad de la primera potencia mundial tomó conciencia entonces de su vulnerabilidad, algo que condujo a lo que se ha llegado a calificar como un «cambio de época» para los americanos².

A partir de entonces, la presidencia de George W. Bush, nacida bajo la sombra de la duda debido a las acusaciones sobre un eventual fraude electoral, iba a proclamar que el país estaba en guerra. En torno a esa idea fuerte iban a articularse los nuevos postulados de su dimensión internacional. Estados Unidos declaraba la guerra contra el terrorismo, contra las organizaciones que lo realizaban, contra las naciones sospechosas de fomentarlo o darle cobertura y que además poseían armas de destrucción masiva. El vacío dejado por el fin de la guerra fría como elemento estructural de la política exterior norteamericana lo ocupaba la guerra contra el terrorismo, tanto en sus manifestaciones reales como potenciales³.

En septiembre de 2002 el Departamento de Estado hacía público el documento *The National Security Strategy of the United States of America*, que resumía la nueva doctrina de la administración Bush en materia de defensa y política exterior. El reconocimiento de la supremacía militar de Estados Unidos llevaba a su gobierno a proclamarse con derecho a intervenir para garantizar el orden y la estabilidad mundiales, en defensa de sus intereses, haciendo frente para ello a las

² PARMENTIER, Guillaume, "Le débat interne sur le rôle des États-Unis dans le monde", *Questions internationales*, Dossier *La puissance américaine*, 3 (septembre-octobre 2003), p. 33.

³ Ver HERTSGAARD, Mark, *La sombra del águila*, Barcelona, Paidós, 2003, p. 222.

amenazas terroristas o de los estados hostiles a esa *pax americana*⁴. En la dicotomía entre poder duro y blando al alcance de la potencia americana, sus dirigentes políticos optaban claramente por el primero⁵. Estados Unidos afirmaba su voluntad de mantener la hegemonía para asegurar la preservación de un mundo a su medida, reivindicando su vocación unilateralista y su capacidad para emplear, llegado el caso, la guerra preventiva. El autor de una de las obras de referencia de ese giro de la política exterior norteamericana lo expresaba sin tapujos de la siguiente manera:

«Los estadounidenses buscan defender y anticipar un orden internacional de corte liberal. Pero el único orden internacional estable y satisfactorio que pueden imaginar es aquel que tenga como centro su país. Tampoco pueden concebir un orden internacional que no se defienda por la fuerza, específicamente por la fuerza de Estados Unidos [...] La tarea, tanto para europeos como para estadounidenses, consiste en adaptarse a la nueva realidad de la hegemonía de Estados Unidos»⁶.

Obviamente, el gobierno del PP optó por adaptarse a las nuevas coordenadas de la situación internacional y asumir la hegemonía indiscutida de Estados Unidos. No lo hizo de forma gratuita e irreflexiva, sino amparándose en la coincidencia de objetivos políticos y estratégicos, y animado por las posibilidades que abría esa comunidad de intereses en otros ámbitos claves de la acción exterior española. La lucha contra el terrorismo constituyó una de las ideas centrales del discurso del presidente Aznar y su gobierno. En el plano interior la firmeza frente a ETA proporcionaba una baza electoral rentable para el PP, que además le permitía rechazar tajantemente las demandas formuladas por el nacionalismo vasco moderado en el sentido de profundizar en el autogobierno. La deriva separatista implícita en el denominado “Plan Ibarretxe” era contemplada como un proyecto político que daba aire a ETA, en lugar de conceder prioridad a la defensa de las libertades en el País Vasco. Ese discurso tenía eco en el resto de España, con una población crispada por los sucesivos crímenes del terrorismo etarra y por la ambigüedad del gobierno vasco del PNV, que condenaba los atentados pero marginando al mismo tiempo a las víctimas de los mismos.

Tras el 11-S la amenaza del terrorismo a escala mundial vino a engarzarse con la estrategia interna del PP. La decisión de sostener la guerra contra Irak fue presentada como un acto de coherencia, con un discurso estructurado en torno a

⁴ Sobre los orígenes e implicaciones de esa nueva doctrina ver SEGURA, Antoni, *Señores y vasallos del siglo XXI. Una explicación de los conflictos internacionales*, Madrid, Alianza, 2004, pp. 181 y ss.

⁵ Para una definición y explicación de los conceptos de *hard power* y *soft power* aplicados a la política exterior americana remitimos al libro de NYE Jr., Joseph S., *La paradoja del poder norteamericano*, Madrid, Taurus, 2003.

⁶ KAGAN, Robert, *Poder y debilidad. Europa y Estados Unidos en el nuevo orden mundial*, Madrid, Taurus 2003, pp. 142-143 y 147.

nociones como “responsabilidad”, “obligación” e “interés del pueblo español”. La lucha contra ETA en el interior se asociaba con la legitimación de la intervención en Irak. Y ese combate frente al terrorismo era identificado, tanto en los discursos del presidente del gobierno como en los programas electorales de su partido, con el compromiso por la defensa de la democracia. Ya fuera en España, o en Irak, la batalla se libraba en nombre de un conjunto de valores compartidos a ambos lados del Atlántico.

Desde luego, esa estrategia rendía dividendos. ETA fue incluida en la lista americana de organizaciones terroristas en octubre de 2001. Herri Batasuna también pasó a engrosar esa lista después de ser ilegalizado como partido político en España en marzo de 2003. La coincidencia de objetivos antiterroristas con Estados Unidos facilitaba, pues, un poderoso aliado en la lucha contra la lacra que asolaba desde tiempo atrás el territorio español. Pero no se trataba sólo de eso. Al mismo tiempo, proporcionaba al gobierno de Aznar una oportunidad para colocar a España en la primera línea de las negociaciones internacionales. El problema radicaba en que una cosa era apoyar la lucha internacional contra el terrorismo, cooperando bajo mandato de la ONU a la destrucción del régimen talibán en Afganistán, y otra muy distinta suscribir los designios estratégicos de Estados Unidos. Esta última opción llevaba a dar el salto de la lucha antiterrorista a situar en el punto de mira a las naciones sospechosas de poseer armas de destrucción masiva y de poder utilizarlas “de forma irresponsable”. O, en otros términos, pasar de Afganistán a Irak en la “hoja de ruta” de la maquinaria militar norteamericana. En suma, colocar al gobierno español a la sombra de la potencia hegemónica ¿Por qué se dio ese paso?

Una hipótesis bastante plausible es que el objetivo del gobierno del PP consistía en buscar un papel internacional más relevante para España, llevarla a tener un puesto de primer rango. Eso sí, de la mano de Estados Unidos, convirtiéndose en un aliado fiable y predecible. Después de todo, como sostenía un reputado analista español, la hegemonía norteamericana en materia económica, científica, tecnológica y sobre todo en el terreno de la seguridad y la defensa era tan evidente que «la política exterior de EEUU es la única relevante y todas las demás son subsidiarias». Europa vivió durante la guerra fría «bajo el paraguas de la *pax americana*» y no podía permanecer neutral ante los retos que se abrían en la situación internacional, ya que «los enemigos de EEUU son nuestros enemigos»⁷.

Hasta que no se disponga de material de archivo sólo cabrá especular sobre las razones precisas que movieron al ejecutivo español a abrazar la causa americana

⁷ LAMO DE ESPINOSA, Emilio, “Ciudadanos de Estados Unidos”, *Política Exterior*, número especial (septiembre 2002), pp. 95-111. Argumentaciones como la mencionada vendrían a confirmar, por otro lado, la capacidad del sistema intelectual y universitario americano para definir los términos del debate sobre el escenario internacional en el mundo de la posguerra fría. Algo que ha sido considerado como un elemento más, y no el menos importante, del *soft power* americano, en BLOCH-LAINÉ, Amaya, “Les instruments de la puissance américaine”, *Questions internationales*, Dossier *La puissance américaine*, 3 (septiembre-octubre 2003), p. 12.

con tan pocos matices. En cualquier caso, parece fuera de duda que la búsqueda de protagonismo internacional fue acompañada del intento de erigirse en un aliado privilegiado de Estados Unidos en Europa, en paralelismo con la postura británica. Aznar se había propuesto, como comentó en alguna ocasión, sacar a España del “rincón de la historia”. El camino para lograrlo pasaba por alcanzar un puesto dirigente en Europa impulsado por su atlantismo a ultranza y su capacidad de interlocución con la potencia hegemónica.

Los prolegómenos de la invasión de Irak y su desarrollo escenificaron la disposición española a actuar como abanderado de la causa norteamericana. La “Carta de los ocho”, hecha pública en enero de 2003, fue un primer movimiento de los dirigentes españoles, en colaboración con mandatarios de otros países europeos, para movilizar al resto de los gobiernos y la opinión europea en sentido favorable a la beligerancia del ejecutivo estadounidense. Pero esa iniciativa no sólo ponía en entredicho, una vez más, la carencia de unidad de la política exterior de la Unión Europea. También visualizaba su distanciamiento con la pareja franco-alemana, el núcleo duro del proceso de construcción europea, que en esta ocasión discrepaba de las pretensiones norteamericanas.

En los meses siguientes se sucederían nuevos episodios de la apuesta por el vínculo atlántico. El gobierno español actuaba como portavoz de lo que el Secretario de Defensa estadounidense, Donald Rumsfeld, llamó la “nueva Europa”, en contraposición con la “vieja Europa” representada por Francia y Alemania. La propuesta de resolución presentada por Estados Unidos al Consejo de Seguridad de la ONU, para autorizar el empleo de la fuerza contra Irak, encontró el respaldo entusiasta del ejecutivo español. En la reunión de las Azores, a mediados del mes de marzo, el presidente Aznar aparecía satisfecho junto a Bush y el mandatario británico Tony Blair mandando un ultimátum al régimen de Sadam Hussein. Dos días después daban comienzo las operaciones militares contra Irak, sin resolución de la ONU pero con el incondicional apoyo logístico español. Tras la rápida victoria de la coalición liderada por Estados Unidos, el gobierno español decidió el envío de un contingente de tropas para colaborar en la ocupación-reconstrucción del país. La fidelidad del aliado español era premiada al franquear a su presidente, Aznar, la entrada en el círculo de intimidad política del presidente Bush. España, la España del PP, iba mejor que bien, según sus portavoces, como quedaba demostrado por esa proximidad de los dirigentes españoles con los centros del poder norteamericano. El problema es que crecía el número de españoles disconformes con esa valoración, entre los formadores de opinión y, sobre todo, entre los ciudadanos de a pie.

Imágenes del pasado y amenazas del presente

Para empezar, los argumentos del gobierno del PP no calaban en una opinión pública que, como ocurría en el conjunto de Europa, se mostraba mayoritariamente contraria a la intervención en Irak. En los circuitos mediáticos y políticos se debatía sobre las ventajas e inconvenientes del apoyo español a la

conducta estadounidense, apoyo que era interpretado como un giro de la política exterior que daba prioridad al atlantismo frente al europeísmo.

Quienes respaldaban la vocación atlantista se amparaban en que no modificaba sustancialmente las prioridades clásicas de la política exterior española, aunque sí las matizaba fuertemente. Así, amplificaba la lucha contra ETA a escala internacional, fortalecía la orientación sur-atlántica de Europa, contribuía a la seguridad en el flanco sur del Mediterráneo, respaldaba las inversiones españolas en América Latina, e incluso era una baza potencial ante la emergencia de “lo latino” en Estados Unidos⁸. Pero esa sofisticada argumentación desbordaba la limitada capacidad explicativa de que hacía gala el gobierno. Más allá de las apelaciones antiterroristas, las referencias al peligro que corrían los valores democráticos del mundo occidental, o el convencimiento de la existencia de pruebas irrefutables –nunca mostradas– de que el régimen iraquí poseía armas de destrucción masiva; más allá de ese repertorio de generalidades y vaguedades, el discurso venía a resumirse en una máxima elemental: había que estar con los aliados “a las duras y a las maduras”. Claro que, en este caso, los aliados no eran los vecinos continentales con quienes se compartía la aventura de la construcción europea desde hacía quince años.

Los críticos con la vocación atlantista reivindicaron precisamente el europeísmo, que había sido una seña de identidad de la política exterior desde la recuperación de la democracia en España. Un europeísmo que, en su opinión, el gobierno del PP estaba dinamitando tanto por su obstruccionismo respecto al proyecto constitucional europeo y la discusión sobre las cuotas de representación, como por su desmedido atlantismo. Las relaciones con los socios europeos de España se estaban subordinando a su amistad incondicional con Washington. Una dinámica que también afectaba negativamente a las relaciones con el Mediterráneo y América Latina –por las tensiones con Marruecos y las presiones a los gobiernos latinoamericanos que formaban parte del Consejo de Seguridad de la ONU– que rompía el consenso interno en materia de política exterior y ocasionaba un grave conflicto con la opinión pública. En tales condiciones, cambiar el eje europeo por otro atlántico suponía una decisión cuando menos arriesgada. Según sus detractores, la ceguera de Aznar, en su pretensión de emanciparse del eje franco-alemán y convertirse en un líder mundial, le había echado en brazos del gobierno estadounidense sin medir el alcance de su decisión en el plano europeo, donde se concentraba el grueso de los intercambios económicos españoles. Es más, al secundar el unilateralismo americano se rompía con otra de las constantes de la política exterior de la época democrática: la apuesta por el multilateralismo y el respeto a las decisiones de los organismos internacionales:

⁸ LAMO DE ESPINOSA, Emilio, *De la vocación atlantista de España*, documento de trabajo 2/6/2003 del Real Instituto Elcano. Una versión más esquemática en “De la vocación atlantista de España”, *El País* (30-V-2003).

«Por el momento, la España de Aznar ha apostado por ser cola de león estadounidense en vez de cabeza de ratón en el marco europeo. La búsqueda de una ‘relación especial’ a toda costa cuando lo que hay entre España y Estados Unidos, amén de un océano, es una gran asimetría y pocas coincidencias más allá de la amistad entre sus líderes, puede resultar un esfuerzo inútil y con grandes consecuencias para una potencia media que ha llegado a serlo, sobre todo, por su pertenencia a la Europa integrada»⁹.

Ese debate, por otro lado, se acompañaba de una incipiente reflexión entre especialistas de diferentes disciplinas sobre la significación histórica de las relaciones con Estados Unidos desde los pactos suscritos en 1953. En un fiel de la balanza se hacía valer que, pese a la hipoteca en el terreno de la seguridad, la presencia estadounidense en España había constituido un factor de ruptura con el aislamiento y de modernización, que facilitó el advenimiento posterior de la democracia. En el otro se daba importancia a que esa relación bilateral había colaborado en la pervivencia del régimen franquista, dado que la preocupación esencial de Estados Unidos fue garantizar la disponibilidad de sus bases militares en España, relegando por tanto a un segundo plano la evolución de su sistema político. Ambos enfoques analíticos coexistían y se complementaban en la polémica académica, al tiempo que las proyecciones del pasado suministraban nuevos elementos para el combate dialéctico que se libraba en el presente¹⁰.

Pero si de los razonamientos más o menos elaborados pasamos a las manifestaciones públicas o a los sondeos de opinión, la presunta dicotomía entre atlantismo-europeísmo parecía estar bastante clara para la sociedad española. La asociación con Europa era un valor firme e identificado con la democracia y la apertura del país, en tanto que el atlantismo alimentaba viejos fantasmas de satelización respecto a la potencia americana procedentes del franquismo. No deja de resultar irónico que España, donde un importante sector de la opinión pública relacionaba a Estados Unidos con el apoyo al dictador y su permanencia en el poder, jugase el papel de portavoz de la Europa atlántica. En contrapartida, otros

⁹ RUIZ SANDOVAL, Érika, “¿Cola de león o cabeza de ratón? La apuesta atlantista de Aznar”, Observatorio de Política Exterior Europea, EE febrero 2004, especial *España en Europa 1996-2004*.

¹⁰ Sobre el debate mediático y académico en torno a la contraposición entre atlantismo y europeísmo ver NIÑO, Antonio, “50 años de relaciones entre España y Estados Unidos”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 25 (2003), pp. 9-33. Ese texto constituye la presentación de un dossier con el mismo título, que recoge las aportaciones de los participantes en un Curso de Verano de la Universidad Complutense, celebrado en El Escorial en septiembre de 2003. También hay que destacar como exponentes del renovado interés que despierta el vínculo con la potencia americana la publicación de las obras de VINAS, Ángel, *En las garras del águila. Los pactos de Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Barcelona, Crítica, 2003, y de DELGADO, Lorenzo y ELIZALDE, M^a. Dolores (eds.), *España y Estados Unidos en el siglo XX*, Madrid, CSIC, 2005, que incluye colaboraciones de varios especialistas en el tema.

países europeos adoptaban posiciones más matizadas o directamente enfrentadas a los designios estratégicos del gobierno de Bush, a pesar de que los norteamericanos permanecían en la conciencia popular como los liberadores del fascismo e impulsores de la reconstrucción económica con el Plan Marshall¹¹.

Durante la transición a la democracia, la imagen de Estados Unidos existente en la sociedad española había presentado una connotación negativa. Se concebía a aquel país como una amenaza para la paz del mundo y para la seguridad de España, incluso por delante de la URSS. La presencia norteamericana no era deseada y se pedía la reducción de sus efectivos militares en suelo español. Se percibía, en definitiva, un «antiamericanismo más o menos profundo y extendido».¹² Las relaciones con Estados Unidos se interpretaban más en clave de política interior que de política exterior, debido al peso de la historia reciente del país, a las herencias recibidas del régimen franquista. La vinculación con la potencia americana por espacio de tres décadas había dejado un amplio poso de resentimiento en la opinión pública española. Los pactos bilaterales eran considerados más un factor de riesgo que de protección, al contrario de lo que ocurría en otras naciones de Europa occidental. Tampoco se sentía que la suerte de la joven democracia española preocupase especialmente a los dirigentes de Washington. Otro tema al que los españoles se mostraban sensibles, por sus lazos con la región y por su pasada experiencia dictatorial, era la actuación de Estados Unidos en América Latina. Allí se había apoyado a los regímenes autoritarios y represivos, pero fieles a los intereses del poderoso vecino del norte, antes que a los gobiernos democráticos que se mostraban díscolos con su influencia.

Tales percepciones no habían alterado la alianza con Estados Unidos, que recorrió todo el período democrático con el consenso de las principales fuerzas políticas. Bien es cierto que no sin algunas tensiones, en parte derivadas de la campaña del referéndum sobre la OTAN de 1986, para aprobar si se ratificaba el ingreso solicitado por el gobierno español cinco años antes¹³. En parte, a causa de las sucesivas renegociaciones de los acuerdos bilaterales, que con el Convenio de Cooperación para la Defensa, firmado en diciembre de 1988, habían asumido un carácter más equilibrado y respetuoso de la soberanía española. El anclaje en la Europa comunitaria había contribuido de forma importante al reequilibrio de las relaciones de España con la potencia americana¹⁴.

¹¹ Sobre esa diferencia de percepción y su peso en la formación histórica de la imagen de Estados Unidos en España ha llamado la atención AZCÁRATE, Manuel, "La percepción española de los Estados Unidos", *Leviatán*, 33 (1988), pp. 5-18.

¹² *Actitudes y opiniones de los españoles ante las relaciones internacionales*, Madrid, CIS, Estudios y Encuestas, 7 (septiembre 1987), pp. 141-150.

¹³ Para más información, VAL CID, Consuelo del, *Opinión pública y opinión privada. Los españoles y el referéndum de la OTAN*, Madrid, CIS, 1996.

¹⁴ VIÑAS, Ángel, "Rompiendo las cadenas del pasado. La política exterior española de Franco a Felipe González", en Sebastian Balfour y Paul Preston (eds.), *España y las grandes potencias en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 194-213.

Las nuevas coordenadas de la relación bilateral permitieron que durante la década de los años noventa se atenuase la imagen negativa de Estados Unidos en la sociedad española. La percepción de la eventual “amenaza americana” comenzó a descender, si bien la actitud mayoritaria de los españoles continuaba siendo favorable a la desaparición o al desmantelamiento progresivo de las bases estadounidenses. Con una particularidad: existía una marcada divergencia de opinión en este terreno entre lo que se conceptuaba como líderes y el resto de la población. Los líderes no compartían ni la sensación de amenaza ni el deseo de librarse de las bases militares¹⁵. Así pues, las relaciones bilaterales habían entrado en una fase de mayor equilibrio y su reflejo era una disminución paulatina, aunque lenta, de las actitudes contrarias tanto al mantenimiento de la presencia de tropas norteamericanas en España como a su liderazgo mundial¹⁶.

La conducta del gobierno norteamericano presidido por Bush hijo llevó a una inversión en la dinámica antes señalada¹⁷. En los sondeos de opinión realizados en los últimos años, el porcentaje de españoles que consideraba indeseable el liderazgo de Estados Unidos superaba el 60% y en ocasiones se acercaba al 70%. La desconfianza respecto a los móviles de su actuación en los asuntos internacionales se incrementaba de forma simultánea. La imagen de la potencia americana volvía a deteriorarse. La guerra de Irak acentuó el sentimiento antinorteamericano y España se situó entre los países de Europa occidental donde era más fuerte la valoración negativa de Estados Unidos¹⁸. El discurso antiamericano, bastante aplacado desde la campaña de «¡OTAN no, bases fuera!» de los años ochenta, cobró virulencia de nuevo.

Al igual que ocurrió en bastantes otras urbes europeas, las manifestaciones multitudinarias contra la guerra se sucedieron en las principales ciudades españolas. En Cataluña incluso se lanzó una campaña de ayuda humanitaria a la población iraquí, al tiempo que los responsables de la Generalitat se desmarcaban públicamente de la postura del gobierno español. La campaña contra Sadam Hussein, más que por razones de seguridad internacional, se interpretaba como una excusa para controlar el petróleo iraquí o para imponer la hegemonía estadounidense en un área geoestratégica sensible. Según la visión posiblemente más extendida entre la opinión pública española, Estados Unidos había decidido eliminar el régimen iraquí por motivaciones imperialistas y no en defensa de la estabilidad mundial o por razones humanitarias.

¹⁵ Para apreciar la lenta evolución en sentido algo más positivo de la imagen de Estados Unidos en España ver, a título de ejemplo, los informes preparados por CAMPO, Salustiano del, *La opinión pública española y la política exterior. Informes INCIPE 1991 y 1995*, Madrid, INCIPE, 1991 y 1995.

¹⁶ Un análisis más pormenorizado en ZALDÍVAR, Carlos Alonso, *Miradas torcidas*, cit.

¹⁷ Ver *Barómetro del Real Instituto Elcano* (BRIE), diciembre 2002, marzo 2003 y junio 2003.

¹⁸ NOYA, Javier, *La imagen de Estados Unidos en España. Resultados del Eurobarómetro del Real Instituto Elcano*, y *¿Antiamericanismo, antibegemonismo o antiunilateralismo?* Documentos de trabajo 16-VII-2003 y 21-VII-2003 del Real Instituto Elcano.

Después de todo, si el gobierno Bush no tenía empacho en hacer gala de la prepotencia americana que, junto a su doble rasero en política exterior, tantas antipatías habían cosechado a lo largo y ancho del mundo ¿cómo sorprenderse de que provocara tales reacciones de rechazo? El ejecutivo norteamericano no se orientaba en la dirección que sugerían algunos de sus analistas más preclaros, cuando señalaban que «el desafío de Estados Unidos no radica en cómo crear un imperio, sino en cómo administrar y aplicar la política de una posición de supremacía que probablemente durará durante algún tiempo pero no bastará para alcanzar el nivel de seguridad que los estadounidenses desean»¹⁹. Su actuación en Irak, más bien, había dado muestras de que «si bien es posible vencer a una tiranía a punta de pistola, no es posible establecer una democracia con el mismo método»²⁰. Con más mordacidad había expresado sus críticas ante tal proceder el conocido director de cine y ensayista Michael Moore:

«Ahora, el mundo vuelve a odiarnos [...] Ahora, gracias a una política exterior de camionero, resulta mucho más difícil justificar el hecho de que nosotros, el 4% más arrogante de la población mundial, acaparemos la cuarta parte de su riqueza»²¹.

La sociedad española se opuso a la decisión de su gobierno de secundar la fórmula unilateralista que los dirigentes de Estados Unidos aplicaban a los asuntos internacionales. En septiembre de 2002, el 50% de los españoles se pronunció en contra del respaldo que dio el gobierno del PP a la intervención militar en Afganistán. En octubre de 2003, el porcentaje contrario a la implicación española en la guerra de Irak se elevó al 74%. Sin embargo, cuando la oposición política pretendió canalizar esa corriente de descontento popular en un voto antigubernamental en las elecciones municipales de mayo de 2003, el impacto fue menor del esperado. El PSOE obtuvo una escasa ventaja sobre el PP. La factura política que pasaba la participación en la guerra de Irak no inquietó demasiado al gobierno Aznar.

En los meses siguientes dio la impresión de que las movilizaciones contra la guerra, junto a su posible efecto de desgaste del gobierno, se iban diluyendo entre las polémicas suscitadas por otros problemas más acuciantes de la sociedad española. De Irak llegaban noticias de resistencia a la invasión americana, de atentados y muertes, entre la población iraquí y entre las fuerzas ocupantes. El contingente de fuerzas españolas desplazadas a aquel país no era numéricamente muy elevado, en torno a 1.300 soldados, y también era modesta la presencia de

¹⁹ NYE, Joseph S., "Los límites del poder y el mito imperial", *La Vanguardia*, dossier *Estados Unidos. Imperio o poder hegemónico*, 7 (julio-septiembre 2003), p. 29.

²⁰ BARBER, Benjamin R., "La nueva 'pax americana' y la tradicional política exterior", *La Vanguardia*, dossier *Estados Unidos. Imperio o poder hegemónico*, 7 (julio-septiembre 2003), p. 22.

²¹ MOORE, Michael, *Estúpidos hombres blancos*, Barcelona, Ediciones B, 2003, pp. 182-183. En su última película *Fahrenheit 9/11*, Moore analiza los sucesos posteriores al 11-S y realiza una fuerte crítica de los móviles y resultados de la intervención del gobierno Bush en Irak.

empresas españolas que aspiraban a participar en los contratos para la reconstrucción del país, pero los soldados españoles iban a pagar pronto su tributo de sangre. No sólo eso. España fue situada en el punto de mira de los grupos fundamentalistas islamistas, por su participación en la ocupación de Irak y por su apoyo sin fisuras a Estados Unidos. El capital de prestigio y confianza que habían acumulado los anteriores gobiernos españoles en sus relaciones con los países árabes, sobre todo en la década de los años noventa, iba a dilapidarse en aras a otros objetivos estratégicos. Importantes iniciativas emprendidas entonces, como la contribución al proceso de paz en Oriente Medio, o la elaboración de la política mediterránea de la Unión Europea, pasaron a un segundo plano.

Sobre riesgos, responsabilidades y ejercicio de la democracia

¿El gobierno español había tomado las medidas precisas para responder al incremento del riesgo asumido al apoyar la política estadounidense en Irak? Las conclusiones de la comisión parlamentaria que investigó la cuestión han estado más atentas al debate político de actualidad que a depurar responsabilidades individuales o institucionales en esta materia. Habrá que esperar a disponer de una información mas contrastada antes de pronunciarse al respecto. Pero sobre lo que no cabe especular es sobre el hecho de que cuando el 11 de marzo las bombas terroristas segaron la vida de casi dos centenares de ciudadanos en Madrid el gobierno del PP hubo de asumir, a su pesar, que toda política exterior es una forma de política interior. Parece bastante plausible que entre los objetivos de los autores de la masacre estuviera el deseo de influir en la consulta electoral que estaba a punto de realizarse. Tampoco cabe obviar que el gobierno se obcecó en responsabilizar prematuramente a ETA de la autoría de los atentados, al tiempo que se infravaloraron inicialmente las pistas que llevaban a la responsabilidad de Al Qaeda.

Sin entrar en valoraciones sobre si existió o no una intencionalidad política encubierta en esa conducta, resulta evidente que la primera hipótesis fortalecía la posición del PP de cara a las inminentes elecciones del día 14, en tanto que la segunda minaba sensiblemente sus opciones, pues devolvía al primer plano de la escena política la postura mayoritaria de la población española contraria a intervenir en Irak. La información que suministró el gobierno indujo a muchos ciudadanos a pensar que eran objeto de una manipulación con fines electoralistas. El resultado fue un voto masivo en las elecciones que hizo posible la victoria del PSOE.

¿El pueblo español votó con miedo? Esa interpretación, que se ha barajado en algunos medios informativos internacionales, parece superficial. Las razones del voto como en todas las elecciones democráticas fueron múltiples. En beneficio del PSOE jugó el descontento del electorado respecto a la política social del PP, o su intransigencia en materia autonómica, o el malestar por la prepotencia de sus dirigentes, o tantas otras cosas. Pero si algo marcó presumiblemente la diferencia fue la indignación, ante las sospechas de una posible manipulación informativa

sobre los atentados de Madrid, ante la indiferencia del gobierno Aznar hacia el clamor de la sociedad española contra una guerra no deseada que ahora le pasaba un elevado precio en vidas humanas. De sus soldados que morían en suelo iraquí y de sus ciudadanos que se veían involucrados en una espiral de violencia a la que no era ajena, aunque fuera indirectamente, la política exterior norteamericana.

¿Quién había armado y adiestrado a los grupos fundamentalistas islámicos cuando le convenía su colaboración contra el ejército soviético en Afganistán? ¿Quién mantenía excelentes relaciones con la monarquía saudí, entre cuyas acaudaladas capas dirigentes se encontraban algunos de los generosos benefactores económicos de esos grupos? ¿Quién había apoyado incondicionalmente a Sadam Hussein en la primera guerra del Golfo, durante los años ochenta, cuando le interesaba frenar la influencia en el mundo islámico de la revolución iraní? ¿Qué pintaba España jugando en el tablero geopolítico de Estados Unidos, sujeto a sus intereses y a las fluctuaciones de las estrategias emprendidas para lograrlos? ¿Tenía algo que decir en todo aquello, como era el caso del tradicional aliado británico? ¿Con qué bazas contaba para participar en el juego de poder mundial? ¿Disponía el gobierno, cuando menos, del respaldo de la opinión pública de su país para afrontar tales desafíos? La respuesta a esta última pregunta era negativa. En cuanto a las anteriores, el gobierno del PP no se tomó la molestia de hacer una labor de pedagogía social para explicar los objetivos del giro de su política exterior, si es que existió como tal. No más allá de declaraciones vagas y reprimendas a la oposición por su “irresponsabilidad”. Tampoco intentó convencer a los ciudadanos de las razones que justificaban la necesidad de correr determinados riesgos, como hicieron pese a todo Bush o Blair. Ni siquiera pidió excusas cuando no aparecieron las armas de destrucción masiva que habían servido de base argumental para iniciar la invasión de Irak. La sociedad española consideraba que aquella era una guerra injusta, que el ejecutivo español había involucrado al país en una empresa con la que estaban en manifiesto desacuerdo, que se estaba dilapidando el capital internacional obtenido tras el ingreso en la Comunidad Europea y asumiendo hipotecas estratégicas innecesarias con Estados Unidos.

El “despotismo ilustrado” del nuevo imperio americano, según se interpreta entre las élites neoconservadoras de aquel país o entre sus emuladores europeos, encontrará inevitablemente las resistencias que comporta todo proyecto de imposición por la fuerza, aunque pretenda justificarse como la supuesta irradiación de una democracia universal. El “error Aznar” fue no darse cuenta que la sociedad española no compartía semejantes desvaríos. Cuando más convencido estaba de entrar por la puerta grande en la historia de España, como el estadista que rubricó la vuelta del país al primer plano de la escena internacional, la sociedad española le manifestó su desacuerdo con el procedimiento empleado y con los valores en que se basaba. Frente a quienes secundaban el unilateralismo norteamericano y sus repercusiones geoestratégicas, los ciudadanos optaron por aquellos otros que apostaban por el multilateralismo y la negociación internacional, valores compartidos con la gran mayoría de la opinión pública europea.

Como se afirmaba al inicio de este artículo, la coherencia con los compromisos contraídos llevó al recién formado gobierno del PSOE a anunciar la retirada de las tropas españolas en Irak el 18 de abril de 2004, proceso que concluyó a finales de mayo ¿De verdad puede sostenerse que al actuar así estábamos ante la demostración de una «España menguante»?²² Otra forma de verlo es que se trató de una muestra de responsabilidad de los nuevos dirigentes políticos ante los ciudadanos que les habían votado. Éstos, a su vez, realizaron un ejercicio de democracia al acudir masivamente a las urnas a mostrar su indignación y sus preferencias sobre el mundo a que aspiraban. Por ello, no conviene caer en un nuevo error al interpretar con ligereza la reacción de la sociedad española o el mensaje que transmitió a sus dirigentes políticos. Como ha puesto de relieve Serge Sur:

«No es ceder al antiamericanismo distinguir entre los méritos de la civilización americana y las derivas de su potencia, como tampoco lo es cultivar la libertad y rechazar la dominación»²³.

Quizás no esté de más mirar hacia la propia historia de Estados Unidos para plantearse si los dirigentes norteamericanos correrían el riesgo de involucrar a su país en un conflicto exterior sin contar con el respaldo mayoritario de su opinión pública. La tradición democrática de la nación americana no aceptaría tal conducta ¿Porqué en el caso español habría de ser diferente?

²² Esa es la interpretación que se ha dado a la política exterior del nuevo gobierno en las páginas del órgano de expresión del *think tank* del PP. Ver BARDAJÍ, Rafael L. Y PORTERO, Florentino, «La España menguante», *Papeles FAES* (7-VII-2004).

²³ SUR, Serge, «Les États-Unis deux ans après», *Questions internationales*, Dossier *La puissance américaine*, 3 (septembre-octobre 2003), p. 5.